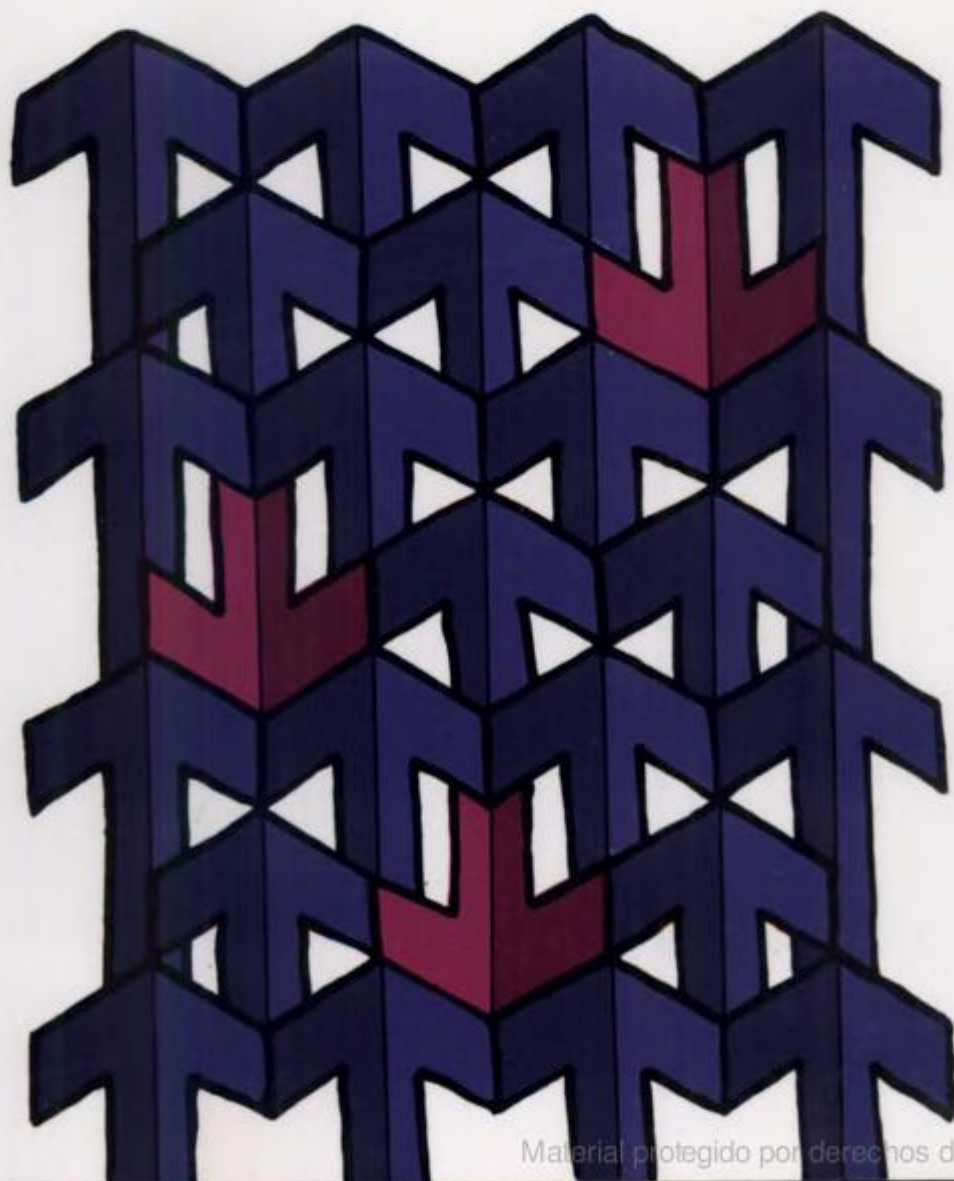


El desarrollo del capitalismo en América Latina

Agustín Cueva

 **siglo
veintiuno
editores**

Premio ensayo Siglo XXI





siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.

CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo xxi editores argentina, s.a.

LAVALLE 1634 PISO 11-A C-1048AAN, BUENOS AIRES, ARGENTINA

portada de maría luisa martínez passarge

primera edición, 1977

decimotercera edición aumentada, 1990

decimonovena edición, 2004

© siglo xxi editores, s.a. de c.v.

isbn 968-23-1592-1

derechos reservados conforme a la ley

impreso y hecho en México/printed and made México

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN A LA DECIMOTERCERA EDICIÓN	7
1. LAS ESTRUCTURAS PRECAPITALISTAS, ANTESALA DEL SUBDESARROLLO	11
2. LA PROBLEMÁTICA CONFORMACIÓN DEL ESTADO NACIONAL	31
3. LAS LUCHAS SOCIALES Y SUS PERSPECTIVAS DEMOCRÁTICAS	48
4. EL PROCESO DE ACUMULACIÓN ORIGINARIA	65
5. EL DESARROLLO OLIGÁRQUICO DEPENDIENTE DEL CAPITALISMO	79
6. LA ESTRUCTURACIÓN DESIGUAL DEL SUBDESARROLLO	101
7. EL ESTADO OLIGÁRQUICO	127
8. LA LUCHA DE CLASES Y LA TRASFORMACIÓN DE LA SOCIEDAD OLIGÁRQUICA	144
9. EL PROCESO DE INDUSTRIALIZACIÓN Y EL PROBLEMA DE LA CRISIS	165
10. AUGE Y DECLIVE DE LA ECONOMÍA DE POSGUERRA	184
11. ACUMULACIÓN DE CONTRADICCIONES Y CRISIS GENERALIZADA DEL SISTEMA	201
12. PROBLEMAS Y TENDENCIAS ACTUALES	219
POSFACIO. LOS AÑOS OCHENTA: UNA CRISIS DE ALTA INTENSIDAD	239

INTRODUCCIÓN A LA DECIMOTERCERA EDICIÓN ACTUALIZADA

Doce años han pasado desde la aparición de este libro, pero el mundo en general y América Latina en especial han sufrido tantas transformaciones que el tiempo transcurrido pareciera infinitamente mayor. Hacia mediados de 1977, cuando terminábamos de redactar el trabajo, probablemente nadie se hubiera arriesgado a pronosticar el triunfo relativamente cercano de la revolución sandinista, y muy pocos conocían la existencia de una nación llamada Granada. Menos íbamos a conjeturar que esta isla podía ser ocupada por tropas yanquis en 1983, o que el congreso estadounidense adquiriría el hábito de deliberar, de manera abierta, sobre la cantidad de fondos disponibles para agredir militarmente a Nicaragua o sobre la conveniencia de invadir o no Panamá. Con absoluta impunidad, además.

De igual manera era difícil asegurar, aunque la tendencia fuese ya perceptible, que hacia finales de la década siguiente las dictaduras militares iban a ser prácticamente barridas de la faz de América Latina; como imposible resultaba vaticinar, a menos que fuera en un arrebatado de aparente delirio, que el modelo económico implantado por esas dictaduras iba a permanecer intacto y hasta acentuar algunos de sus rasgos más negativos, bajo la égida de gobiernos de filiación socialdemócrata. Y tampoco era previsible la celeridad con que el espectro político de la región habría de transnacionalizarse, a tal grado que el *establishment* del área quedase representado por tres solas corrientes: la que acabamos de mencionar, la demócrata-cristiana y la de la “nueva derecha”.

Pero quizás el hecho menos imaginable hace diez o doce años, y que sin embargo trastrocó por completo nuestro des-

tino, es la profunda crisis en que se sumió América Latina a partir de 1982. Por primera vez en este siglo tenemos que hablar unánimemente de por lo menos un “decenio perdido para el desarrollo” y, también por vez primera, las nuevas generaciones saben de antemano que el nivel de vida que les espera será inferior al de sus padres. En el umbral de sus quinientos años de existencia “latina”, esta América mestiza se encuentra además flotando, como nunca, a la deriva, sin un perfil histórico claro ni un proyecto político y económico que la definan. Ello, en un complejo contexto internacional caracterizado por la despiadada recomposición del sistema de dominación hegemonizado por Estados Unidos, así como por la aguda crisis en que se debate la casi totalidad del mundo socialista.

Son estas preocupaciones, entre otras, las que nos han motivado a escribir el posfacio que incluimos en la presente edición, con los resultados de una serie de investigaciones realizadas a lo largo de la década de los ochenta. Agradecemos, como siempre, a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, y muy en particular a su Centro de Estudios Latinoamericanos, por las grandes facilidades brindadas para nuestro trabajo; a Raquel Sosa por su colaboración en la elaboración de este libro, y a los lectores por la generosa acogida dada al mismo.

México, octubre de 1989

Cuando sonó la trompeta, estuvo
todo preparado en la tierra,
y Jehová repartió el mundo
a Coca-Cola Inc., Anaconda,
Ford Motors, y otras entidades . . .

Pablo Neruda: *Canto general*

1. LAS ESTRUCTURAS PRECAPITALISTAS, ANTESALA DEL SUBDESARROLLO

En su ensayo titulado *Dialéctica de la dependencia* Ruy Mauro Marini afirma que “no es porque se cometieron abusos en contra de las naciones no industriales que éstas se han vuelto económicamente débiles, es porque eran débiles que se abusó de ellas”.¹ Afirmación que contiene una dosis grande de verdad, pero a condición de ser dialectizada y precisada.

Dialectizada, para no perder de vista la esencia del subdesarrollo, que no es otra cosa que el resultado de un proceso en el cual las burguesías de los estados más poderosos abusan de las naciones económicamente débiles, aprovechando precisamente esta condición, a la vez que esos abusos perpetúan y hasta ahondan tal debilidad, reproduciendo en escala ampliada, aunque con modalidades cambiantes, los mecanismos básicos de explotación y dominación.

Y precisada, con el fin de determinar en qué consistió esa debilidad inicial, que en nuestro caso se identifica con la “herencia colonial” y la configuración que a partir de ella fueron adquiriendo las nuevas naciones en su primera etapa de vida independiente. Pues es claro que la plena incorporación de América Latina al sistema capitalista mundial, cuando éste alcanza su estadio imperialista en el último tercio del siglo XIX, no ocurre a partir de un vacío, sino sobre la base de una matriz económico-social preexistente, ella misma moldea-

¹ Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, México, Ed. ERA, p. 31.

da en estrecha conexión con el capitalismo europeo y norteamericano en su fase protoimperialista.

Situación que nos coloca ante la complejidad de un proceso en el que lo interno y lo externo, lo económico y lo político, van urdiendo una trama histórica hecha de múltiples y recíprocas determinaciones, que se expresan y desarrollan a través de una concreta lucha de clases.

Nuestra independencia, bien lo sabemos, distó mucho de ser un alumbramiento sin dolor; aquí como por doquier la violencia desempeñó el papel de comadrona de la historia. Además del elevado costo en vidas humanas y de los cuantiosos gastos militares propiamente tales, el proceso de emancipación implicó la desarticulación del sistema económico preexistente, en parte como consecuencia inevitable de las acciones bélicas y en parte como consecuencia, más inevitable aún, de la ruptura de los vínculos con la potencia que hasta entonces había constituido el punto obligado de gravitación de las formaciones sociales latinoamericanas en ciernes. Si en la afectación de los centros productivos —agrícolas y mineros especialmente— el primer factor parece haber pesado más que el segundo, es claro que en el desvertebramiento del circuito comercial los términos se invirtieron. La propia estructura colonial de la época, que tenía como eje el control metropolitano del comercio, determinó que a raíz de la independencia se produjera una suerte de “vacío” en este punto, vacío que por así decirlo venía a consumir la desarticulación del sistema todo.

Elevado como en verdad fue, el precio pagado por la independencia debe ser ubicado sin embargo en su justa dimensión: esto es como un hecho *coyuntural*, inherente a cualquier proceso de emancipación, y que por lo tanto no puede convertirse en explicación última de nuestra debilidad. Aun admitiendo que ciertos “males” hayan surgido de este conflictivo momento, queda por

averiguar cuáles fueron las causas profundas que trasformaron en una suerte de endemia aquello que sobre una base estructural diferente hubiera podido ser solamente una dolencia pasajera. Para esto hay que empezar por recuperar la significación exacta del hecho colonial.

Si con algún movimiento fundamental de la historia ha de relacionarse la colonización de América Latina, es con la acumulación originaria en escala mundial, entendida como un proceso que a la par que implica la acumulación sin precedentes en uno de los polos del sistema, supone necesariamente la desacumulación, también sin precedentes, en el otro extremo. Por lo tanto, y a condición de no tomar la concentración esclavista o feudal de tierras en América por un proceso de acumulación originaria *local*, es evidente que el movimiento metropolitano de transición al capitalismo frenó, en lugar de impulsar, el desarrollo de este modo de producción en las áreas coloniales. Tal como lo percibió Marx, el excedente económico producido en estas áreas no llegaba a trasformarse realmente en capital en el interior de ellas, donde se extorsionaba al productor directo por vías esclavistas y serviles, sino que fluía hacia el exterior para convertirse, allí sí, en capital.²

Resulta entonces justo concebir al período colonial, desde nuestra perspectiva, en los términos en que lo hace Enrique Semo para México; esto es, como un período de "desacumulación originaria":

El período de acumulación originaria en Europa corresponde en América Latina a un período de expropiación de riquezas y "desacumulación originaria". Del enorme excedente generado en la Nueva España, sólo una porción se queda en el país. El gobierno virreinal y los españoles se encargan de trasferir la

² Cf. *El capital*, México, Siglo XXI, 1975, t. I, vol. 3, pp. 942-943. Salvo indicación en contrario todas las citas que hagamos de esta obra provendrán de la mencionada edición.

mayor parte hacia la metrópoli. La sociedad novohispana se caracteriza por un excedente relativamente grande: las tasas de explotación son probablemente de las más altas de la época. Pero el excedente disponible en la Colonia es una parte relativamente modesta del total. De ahí el contraste "inexplicable" entre la pobreza de las masas y la falta de poderío de las clases dominantes novohispanas. En la Nueva España, o en el Perú, se generaba suficiente excedente para transformar a estos países en potencias (de carácter feudal o incipientemente capitalista). Pero en realidad esta posibilidad nunca existió.³

En esta óptica, la misma fuga precipitada de riquezas ocurrida en el momento de la emancipación no es más que el punto culminante de un largo proceso de desacumulación: es el acto último con que el colonizador concluye su "misión civilizadora".

Y el hecho no carece de significación económica. Con respecto al virreinato de Nueva España, por ejemplo, sabemos que en apenas tres años, de 1821 a 1823, emigraron riquezas líquidas equivalentes a 20 millones de libras esterlinas.⁴ En cuanto al otro gran virreinato, el de Lima, se ha estimado que los solos barcos de guerra británicos exportaron metálico por un valor de 26 900 000 libras esterlinas entre 1819 y 1825.⁵

El proceso de desacumulación originaria quedó concluido de este modo y la "herencia colonial" reducida al pesado lastre de la matriz económico-social conformada a lo largo de más de tres siglos, *a partir de la cual* tendrá que reorganizarse la vida toda de las nuevas naciones. Si en algún lugar hay que buscar el "secreto

³ Enrique Semo, *Historia del capitalismo en México. Los orígenes. 1521/1723*, México, Ed. ERA, 1973, pp. 232 y 236.

⁴ Según datos de Sergio de la Peña en *La formación del capitalismo en México*, México, Siglo XXI, 1975, p. 96.

⁵ Datos de Tulio Halperin Donghi en *Hispanoamérica después de la independencia*, Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 99.

más recóndito" de nuestra debilidad inicial, es pues en ese plano estructural.

No es del caso reabrir aquí la discusión relativa al carácter feudal o capitalista de la sociedad colonial, verdadero diálogo de sordos en la medida en que cada contendor camina por senderos teóricos distintos.⁶ Sólo conviene aclarar que cuando hablamos en términos marxistas del modo de producción esclavista o feudal no estamos manejando tipos ideales contruidos con los rasgos más "significativos" del "modelo" europeo; lo que queremos decir, sencillamente, es que la estructura económico-social heredada del período colonial se caracterizó por un bajísimo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y por relaciones sociales de producción basadas en la esclavitud y la servidumbre, hecho que constituyó un *handicap*, por decir lo menos, para el desarrollo posterior de nuestras sociedades. Lo cual no significa negar la conexión evidente de las formaciones esclavistas o feudales de América Latina con el desarrollo del capitalismo en escala mundial. Como observa Octavio Ianni, refiriéndose al caso brasileño:

Es verdad que la formación social esclavócrata es determinada o sufre una influencia decisiva del capitalismo mundial, a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Pero también es cierto que bajo la esclavitud las relaciones de producción, la organización social y técnica de las fuerzas productivas y las estructuras de apropiación económica y dominación política poseen un perfil cualitativamente distinto del de cualquier formación capitalista.

.....

⁶ Algunos de los más recientes desarrollos de esta discusión pueden verse en Assadourian *et. al.*: *Modos de producción en América Latina*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 40, México, 1977; así como en el número monográfico consagrado al mismo tema por la revista mexicana *Historia y Sociedad*, núm. 5, primavera de 1975.

Independientemente de los grados y maneras de vinculación y dependencia de las colonias frente a la metrópoli, es innegable que en cada colonia se organizó y se desarrolló un sistema internamente articulado e impulsado de poder político y económico. Es en ese sentido que en cada colonia se constituyó una formación social más o menos delineada, homogénea o diversificada.⁷

Esto está fuera de duda, y los estudios más recientes no hacen más que confirmar el carácter precapitalista de aquellas formaciones en donde incluso el salario, casi siempre *nominal*, no fue sino una *forma* de esclavizar o enfeudar al productor directo.⁸ De suerte que el problema no radica en prolongar una obsoleta discusión, sino en avanzar en el estudio de las modalidades histórico-concretas de existencia de los modos de producción esclavista y feudal en el continente americano, de su profundización y extensión en cada área, así como de sus maneras también concretas de articulación con los embriones capitalistas, principalmente mineros, y con modos de producción secundarios tales como la comunidad campesina, la economía patriarcal o la pequeña producción mercantil simple.

Algunos aspectos de esta problemática retomaremos a lo largo del presente trabajo; por el momento nos interesa destacar que la primera fase de nuestra vida independiente, lejos de impulsar la inmediata disolución de esta matriz precapitalista, registró un movimiento en sentido inverso. Recordemos, aunque sólo sea a título de ejemplo, algunos casos. En Brasil:

Hasta cerca de 1800, los requerimientos de fuerza

⁷ *Esclavitud y capitalismo*, México, Siglo XXI, 1976, páginas 100-101 y 24.

⁸ Al respecto pueden consultarse los estudios publicados por CLACSO en *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, México, Siglo XXI, 1975.

de trabajo brasileños habían traído aproximadamente 2.25 millones de negros desde las costas oriental y occidental del África negra. En los siguientes 50 años, para abastecer a los fundos azucareros del nordeste y especialmente a los fundos cafetaleros en expansión cercanos a Río de Janeiro, se importaron 1.35 millones más de negros, aproximadamente el 38% de todos los esclavos importados entre 1600 y 1800.⁹

Y cuando surgieron obstáculos internacionales para traer esclavos africanos, el sistema supo establecer adecuados mecanismos de "sustitución de importaciones":

Por mediados del siglo XIX los criaderos (de esclavos) proliferaron en Brasil y Cuba. En la Isla existieron por lo menos en Bocaranao y Cienfuegos, siendo cínicamente aplaudidos por el Real Consulado de la Isla, en el año 1854, como un acertado "sistema de conservación y reproducción".¹⁰

En otras áreas del continente los señores feudales no hicieron más que consolidarse a costa de las masas campesinas. En el Perú, escribe Mariátegui:

La antigua clase feudal —camuflada o disfrazada de burguesía republicana— ha conservado sus posiciones. La política de desamortización de la propiedad agraria iniciada por la revolución de Independencia... no condujo al desenvolvimiento de la pequeña propiedad... Sabido es que la desamortización atacó más bien a la comunidad. Y el hecho es que durante un siglo de república, la gran propiedad agraria se ha reforzado y engrandecido a despecho del liberalismo teórico de nuestra Constitución y de las necesidades prácticas del desarrollo de nuestra economía capitalista.¹¹

⁹ Stanley J. y Barbara H. Stein: *La herencia colonial de América Latina*, 8a. ed., México, Siglo XXI, 1975, p. 146.

¹⁰ Rolando Mellafe, *Breve historia de la esclavitud en América Latina*, México, SepSetentas, 1973, p. 161.

¹¹ José Carlos Mariátegui, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, 19a. ed., Lima, Perú, Biblioteca Amauta, p. 51.

Es posible que una parte de esta concentración de tierras corresponda ya al proceso de acumulación originaria propiamente dicho, sobre todo en el momento en que Mariátegui escribe las reflexiones precedentes; aún así, es claro que la línea general del proceso decimonónico va en el sentido de reforzar la propiedad feudal y eventualmente las unidades semiesclavistas alimentadas por los famosos "coolíes".¹² Un movimiento bastante similar al peruano se registra en Bolivia, en particular durante el régimen de Melgarejo, mientras en México el latifundio extiende sus tentáculos desde el momento mismo de la Independencia:

Por vía de la compra de haciendas de españoles expulsados, de extorsionar a las comunidades indígenas y por la ocupación ilegal de tierras nacionales baldías, se expandían las haciendas, incluyendo las del clero, se desalojaba a los campesinos de sus tierras y se les incorporaba al sistema de peonaje. El clero iba ampliando sus propiedades, por donaciones, compra de tierras con su abundante excedente disponible y rescate por hipotecas. De esta manera aumentó considerablemente el número total de haciendas entre 1810 y 1854 (y es de suponer que también la producción), cuando pasaron de 3 749 a 6 953. Se estimaba que una quinta parte de éstas eran propiedad de la Iglesia.¹³

En Centroamérica el fortalecimiento de las instituciones feudales fue igualmente claro, con la sola excepción de Costa Rica. Edelberto Torres-Rivas afirma que en la región:

...se restablecieron los diezmos, primicias y mayorazgos, recobrando la Iglesia su poder económico

¹² Mellafe estima que entre 1850 y 1874 llegaron a Perú cerca de 90 mil "coolíes". *Op. cit.*, p. 167.

¹³ De la Peña, *op. cit.*, p. 119. Cf., también Alonso Aguilar *Dialéctica de la economía mexicana*, 8a. ed., México, Nuestro Tiempo, 1976, p. 72.

territorial; volvieron a regir las antiguas Ordenanzas de Bilbao en la organización del comercio; en Honduras, por ejemplo, se restablecieron como leyes de la República la Novísima Recopilación y las Siete Partidas; y en Guatemala se volvió al régimen de estancos y alcabalas territoriales, se fortaleció el sistema de vinculaciones y manos muertas y especialmente negativa fue la inmovilidad social y económica de una estructura rural que dejó intactas las tierras ejidales y a las baldías las colocó bajo el régimen censitario que tiene orígenes en el derecho civil romano y medieval.¹⁴

No es cuestión de discutir aquí si lo “negativo” residía realmente en la subsistencia de terrenos ejidales, que no constituyen más que un elemento de una estructura social más amplia; lo que importa es retener el sentido histórico global de lo apuntado por el investigador centroamericano.

En fin —y el caso es significativo por tratarse de un país cuyo proceso de emancipación tuvo hondas raíces populares— sabemos que en Haití:

Después de la Independencia, el Estado confiscó las propiedades pertenecientes al reino de Francia y a los colonos franceses. Así, de un 66 a un 90% de las tierras cultivadas pasaron a constituir propiedades estatales, hecho quizá único en América Latina. Sin embargo, empezaron a surgir nuevas estructuras que dieron a la cuestión agraria haitiana su característica propia. Los gobiernos adoptaron una política de constitución de grandes propiedades privadas a partir de las tierras estatales. Grandes extensiones de tierra fueron distribuidas a los jefes militares de alto rango y a los principales funcionarios civiles negros y mulatos... Así se fue generando una aristocracia

¹⁴ E. Torres-Rivas *et al.*, *Centroamérica hoy*, México, Siglo XXI, 1975, p. 46.

terrateniente —negra y mulata—, constituida y consolidada gracias al poder político.¹⁵

Sin que el caso rioplatense sea equiparable a los anteriores (no lo es en la medida en que allí las relaciones esclavistas o feudales carecen de peso histórico), conviene señalar que el proceso de concentración de tierras producido inmediatamente después de la Independencia fue también notable en dicha área:

Hacia 1853, la herencia colonial de las grandes estancias ganaderas había sido repetidamente reforzada por la renta y posterior venta de tierras públicas y por francas concesiones. En 1828, cerca de 538 arrendatarios recibieron un promedio de 14 800 hectáreas por posesión, y entre 1857 y 1862 otros 233 arrendatarios recibieron 9 051 hectáreas por cabeza... En 1840, en la céntrica provincia de Buenos Aires, 825 haciendas controlaban más de 13 millones de hectáreas...¹⁶

Sólo Paraguay, con su atenuado régimen feudal-patriarcal, parece haber escapado hasta 1870 al movimiento general de expansión de la propiedad latifundiaria. De un total de 15 000 leguas cuadradas registradas en esa fecha, únicamente el 17% era propiedad de particulares; el resto estaba constituido por tierras estatales que se arrendaban a los campesinos.¹⁷

La índole feudal-esclavista de la sociedad latinoamericana de entonces, con pocas áreas de excepción, parece pues difícil de cuestionar, e incluso el carácter "abierto" y monetario de su economía debe ser ubicado en su precisa dimensión. Es verdad que existe un comercio

¹⁵ Suzy Castor, *La ocupación norteamericana de Haití y sus consecuencias* (1915-1934), México, Siglo XXI, 1971, pp. 5-6.

¹⁶ Stein, *op. cit.*, p. 143.

¹⁷ León Pomer, *La guerra de Paraguay ¡gran negocio!*, Buenos Aires, Ed. Caldén, 1968, p. 351.

exportador e importador de regular magnitud y que el proyecto *burgués* de ampliarlo lleva hasta a escribir odas a la agricultura de la zona tórrida, como el famoso poema de don Andrés Bello. Sin embargo, su ritmo de desarrollo es extremadamente lento: en casi todas partes los niveles de comercio internacional de 1850 no exceden demasiado a los de 1825.¹⁸ Y en lo interno subsisten situaciones como la descrita en la cita que sigue —referente a Nicaragua— que están lejos de ofrecernos un ejemplo de economía por lo menos monetarizada:

Es sorprendente que el cacao, como una moneda de tipo divisionario y como patrón para representar los valores, no se haya dejado de usar hasta 1900; durante el período “republicano” se continuaron usando regularmente las medidas indígenas “cinco”, “mano”, “quince”; los propietarios ricos a cuenta de su crédito acuñaban monedas particulares a falta de un signo monetario nacional, o mejor dicho, a falta de una verdadera economía de intercambio. Por influjos del comercio exterior siempre débil e inconstante, circulaban en Nicaragua monedas de otros países: peso de plata español, soles del Perú, pesos chilenos; posteriormente, a raíz del comercio y el tráfico abierto por el San Juan para comunicar el este con el oeste de los Estados Unidos, circulan dólares y moneda divisionaria norteamericana.¹⁹

A partir de este tipo de ejemplos uno puede imaginar sin dificultad los límites de la “economía de mercado” en la primera etapa de nuestra vida independiente. Tesis como las de Gunder Frank no han hecho más que entorpecer la investigación a fondo de la cuestión, aun-

¹⁸ Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, 3a. ed., Madrid, Alianza Editorial, 1972, p. 158.

¹⁹ Jaime Wheelock R., *Imperialismo y dictadura. Crisis de una formación social*, México, Siglo XXI, 1975, pp. 60-61.

que parece claro que situaciones similares a la de Nicaragua se dieron en casi toda Centroamérica, en muchos países del Caribe, en el altiplano andino y no se diga en el Paraguay francista.

Sin mayor riesgo de error se puede pues afirmar que una economía premonetaria persistió en inmensas porciones del cuerpo social latinoamericano del siglo XIX, al mismo tiempo que su segmento más desarrollado iba monetarizándose y ampliando sus circuitos de circulación simple. Para este nivel regía efectivamente la fórmula mercancía-dinero-mercancía, ya que, como afirma Carmagnani, en un trabajo por lo demás controvertible, "son las mercancías anticipadas las que dan vida a la circulación de mercancías".²⁰ Fórmula que sólo se quebrará de manera significativa, aunque no homogénea, hacia 1870-80, es decir, al iniciarse el desarrollo ya propiamente capitalista.

De lo dicho hasta aquí conviene destacar el hecho de que las estructuras precapitalistas dominantes, en el agro especialmente, constituyeron un serio escollo para el rápido desarrollo de las nuevas naciones. Aun aceptándola con beneficio de inventario, recordemos la tesis de Bairoch sobre la importancia que tuvo el desarrollo de la agricultura para el "despegue" de los países industrializados hasta el siglo XIX:

En definitiva, escribe Bairoch, el acrecentamiento de la producción del trabajador agrícola parece ser el elemento esencial entre los factores que conducen a la iniciación del despegue. Es ésta una comprobación que se desprende tanto de la observación de los hechos como de una necesidad lógica, determinada por los diferentes elementos estructurales que han caracterizado a las economías no desarrolladas, an-

²⁰ Marcello Carmagnani; *Formación y crisis de un sistema feudal. América Latina del siglo XVI a nuestros días*, México, Siglo XXI, 1976, p. 71.

tes de que los efectos de ese despegue hayan modificado los datos del problema.²¹

Ahora bien, en el caso de la América Latina poscolonial la productividad de la agricultura precapitalista es tan baja, que en muchos países ni siquiera permite el autoabastecimiento de la población. En Brasil, por ejemplo, la importación de alimentos representa a lo largo de todo el siglo XIX por lo menos la quinta parte del valor total de las importaciones;²² para Perú, Mariátegui proporciona cifras no menos importantes;²³ el idílico Paraguay, en pleno período de desarrollo "autónomo", tiene también que importar comestibles;²⁴ encaramados en su terca feudalidad andina, los terratenientes de la sierra ecuatoriana son incapaces de producir la harina necesaria para alimentar al reducido núcleo poblacional de la costa. En algunos de estos casos ni siquiera puede decirse que los déficit obedezcan al hecho de haberse dedicado la mayor parte de las tierras a cultivos de exportación.

De todas maneras es incuestionable que esta situación limita incluso las incipientes posibilidades de acumulación surgidas de la actividad primario exportadora, frenada también en su desarrollo por múltiples relaciones precapitalistas de producción. La misma necesidad de dedicar tantas tierras y brazos a los cultivos de exportación, allí donde éstos van cobrando importancia, es más un efecto que una causa de la situación de atraso; es, si se quiere, la expresión palpable de un

²¹ Paul Bairoch, *Revolución industrial y subdesarrollo*, 3a. ed., México, Siglo XXI, 1975, p. 91.

²² Cf. Nelson Werneck Sodré, *Formação histórica do Brasil*, 3a. ed., Editora Brasiliense, 1964, p. 257.

²³ *Op. cit.*, pp. 28-29 y 98.

²⁴ En 1860, por ejemplo, las importaciones de comestibles representaban el 18% del valor total de las importaciones paraguayas. Cf. Pomer, *op. cit.*, p. 67, cuadro 11.

“desarrollo” que se efectúa más en extensión que en profundidad.

Tal tipo de desarrollo, presente hasta en sectores “de punta” como la minería, se manifiesta sobre todo en aquellas áreas en que el modo de producción feudal se ha implantado firmemente. Es el caso de Perú, por ejemplo, donde:

...hasta tal punto abunda el trabajo indio que sólo las mayores haciendas de amalgama del mineral utilizan mulas para pisar la mezcla de éste y mercurio; los *bolicheros* que practican esa actividad en ínfima escala emplean indios “que durante horas pisotean el mercurio para mezclarlo con la masa mineral”, y —pese a que estos bolicheros utilizan para financiar estas actividades dinero tomado a crédito con interés elevado— logran, “explotando a los indios en todas las formas posibles... hacer considerable fortuna en pocos años”.²⁵

Algo similar ocurre en Bolivia, donde la matriz precapitalista permite establecer un valor de la fuerza de trabajo reducido a límites apenas vegetativos:

...a mediados del siglo XIX los salarios de los jornaleros son de cuatro reales diarios, iguales por lo tanto a los de los mitayos de 1606, e inferiores a los de los trabajadores libres convocados en aquella remota etapa de prosperidad para complementar el trabajo de los indios de mita.²⁶

Sobre el telón de fondo de las estructuras precapitalistas imperantes a lo largo y ancho del continente, uno entiende mejor el propio señoreamiento del capital comercial y del usurario, que, como Marx no dejó de señalarlo, reinan en razón estrictamente inversa del

²⁵ Halperin: *Hispanoamérica...*, p. 115.

²⁶ Halperin, *loc. cit.*

desarrollo del modo de producción capitalista y sin siquiera impulsar, por sí solos, la transición hacia él.²⁷ Expresión del grado casi nulo de desarrollo local de este régimen de producción, el predominio de tales formas "antediluvianas" de capital se convirtió a su turno, por un proceso de reversión dialéctica, en serio obstáculo para la implantación del modo de producción específicamente capitalista. En Venezuela por ejemplo:

El capital usurario embargaba la explotación agraria al capital sin alterar el régimen de producción en que aquélla se fundamentaba. La tiranía que ejercían los prestamistas sobre los prestatarios a través del dinero encarecido era transmitida por éstos a la mano de obra esclava mediante la violencia de la explotación... La usura, en cierto modo, ejercía una doble depredación, puesto que con sus usurpaciones dinerarias expropiaba a los terratenientes del valor excedentario producido por la fuerza de trabajo directa, y a ésta la sumía, por intermedio de los productores indirectos, en una extenuación deplorable. Como el dinero reproducido por este tipo de despojo no creaba riqueza, sino que consumía las fuentes de su generación directa y sustraía el capital del propietario hasta absorberlo totalmente, su constante función depredadora terminaba carcomiendo la productividad del trabajo y la rentabilidad de la tierra hasta límites de absoluto empobrecimiento.²⁸

Y no se trataba de una cuestión marginal o episódica. El mismo Malavé Mata, a quien pertenece la cita anterior, apunta que:

²⁷ Marx llega a hablar de una "ley de que el desarrollo autónomo del capital comercial se halla en relación inversa al grado de desarrollo de la producción capitalista..." (*El capital*, México, Siglo XXI, 1976, t. III, vol. 6, p. 420). Sobre el papel del capital comercial y del capital a interés cf. los capítulos xx y xxxvi del t. III, vols. 6 y 7, pp. 420 y 765 de *El capital*.

²⁸ Héctor Malavé Mata, *Formación histórica del antidesarrollo de Venezuela*, La Habana, Casa de las Américas, 1974, p. 136.

Toda la política venezolana —desde 1830 hasta muy avanzado el siglo XIX— estuvo condicionada por el problema de la usura. Cualquier medida adoptada por los gobiernos sobre aquella materia se relacionaba directa o indirectamente con la excesiva especulación del dinero. Sin embargo, estaban tan arraigadas las operaciones de agio en toda la república y tan fortalecidos sus beneficiarios, que, a pesar de las reiteradas opiniones de reproche y descontento por la quiebra de la agricultura, los pocos ensayos legislativos que se hicieron para remediar la desastrosa situación más bien contribuyeron a empeorarla.²⁹

La configuración estructural que venimos analizando es la que permitió también que las burguesías de los países más desarrollados cometieran abusos contra nuestras débiles naciones y determinó, en gran medida, la *forma* de tales “abusos”, es decir, la modalidad concreta de vinculación de América Latina con el capitalismo metropolitano. Punto que es necesario aclarar para evitar interpretaciones distorsionadas del problema, como ésta que busca explicar el atraso de los países latinoamericanos por la falta de comercio internacional o de una oportuna ayuda técnica y financiera del exterior:

Después de 1783, fue de gran importancia para el desarrollo de Estados Unidos el crecimiento del comercio con la ex metrópoli. Primero el comercio y después las inversiones inglesas ayudaron a desarrollar la economía de la antigua colonia. Por contraste, las liberadas colonias españolas no encontraron ni comercio ni asistencia técnica o financiera en sus subdesarrolladas ex metrópolis.³⁰

Es verdad que, a estas alturas de la historia, ni España ni Portugal estaban ya en condiciones de “ayu-

²⁹ *Op. cit.*, p. 141.

³⁰ Stein, *op. cit.*, p. 126.

darnos"; tres siglos de "sacrificios" eran, por lo demás, suficientes. Pero también es verdad que si de algo no podemos quejarnos es de no haber recibido la inmediata "ayuda" de otros centros metropolitanos, Gran Bretaña en particular. Este imperio nos brindó tempranamente su asistencia técnica y financiera y abrió de par en par las puertas de nuestro comercio, por la fuerza cuando fue menester. Sólo que lo hizo de acuerdo con su índole capitalista, sabiamente adaptada a las condiciones estructurales y hasta coyunturales de América Latina. La presencia de la primera potencia industrial del planeta en tierras latinoamericanas fue por eso no solamente una presencia comercial, mas también especuladora y usuraria, encaminada a succionarnos excedente sin siquiera intervenir directamente en su generación.

Comencemos por recordar algo que es más que una simple anécdota: los famosos préstamos británicos para la emancipación, de los cuales recibimos, descontadas las "comisiones" de rigor, a lo mucho un 60%, comprometiéndonos a pagar además abultados intereses sobre su valor nominal. Sistema desembozado de usura que se prolonga durante toda la primera fase de nuestra vida independiente y que explica, por su misma rentabilidad para el agiotista, la estructura de las "inversiones" extranjeras de entonces, volcadas muchísimo más hacia la obtención de fáciles réditos que hacia cualquiera órbita productiva. Recuérdese que los préstamos a los gobiernos locales constituyen el 76.4% del total de inversiones inglesas en América Latina en 1865, el 74.1% del total en 1875 y el 65.3% en 1885.³¹

Además, buena parte del capital extranjero actúa desde el interior mismo de nuestras formaciones sociales, a través de súbditos metropolitanos que por el solo hecho de serlo gozan de privilegios que fácilmente se

³¹ Datos tomados del citado libro de Carmagnani, p. 96.

convierten en reales patentes de corso. Su acción contribuye a monetarizar muchas veces por vez primera la economía local, mas no en vista de una implantación inmediata del modo de producción capitalista sino con el fin de perpetrar aquellos actos de pillaje típicos del capital comercial.⁸²

De todas maneras el capital foráneo no deja de captar jugosos excedentes por la vía del intercambio desigual, en el contexto de formaciones precapitalistas cuyas clases dominantes identifican el progreso con el consumo suntuario antes que con el desarrollo de la producción. Como sugiere Halperin Donghi con una expresiva metáfora, la creciente importación de relojes no es precisamente el símbolo de una nueva concepción del tiempo.⁸³

E pur si muove: el engranaje no es estático. Llega un momento en que la esfera tradicional de acción del capital comercial resulta estrecha para éste, que tiene que ampliar su ámbito no sólo en virtud de su particular movimiento, mas también en aras de una cabal realización del plusvalor del sector industrial metropolitano. Los Stein afirman, con razón, que "para la década de 1840 los comerciantes ingleses reconocieron que se habían alcanzado los límites de la demanda latinoamericana y que el problema era incrementar las ventas, mediante el desarrollo de los recursos no utilizados o mal aprovechados en el interior mediante la construcción de ferrocarriles".⁸⁴

Este nuevo campo de inversión no anula por supuesto a los anteriores, sino que es su natural complemento. Con el apoyo logístico de las ferrovías el capital metropolitano amplía considerablemente su radio de acción,

⁸² Ejemplos de estos fenómenos pueden encontrarse en Halperin Donghi: *Hispanoamérica...*, p. 91.

⁸³ *Ibid.*, p. 151.

⁸⁴ *Op. cit.*, pp. 152-153.

que le permite captar nuevos excedentes por los más diversos métodos. El marasmo feudal, esclavista o pequeño campesino va rompiéndose sin duda, aunque no precisamente por caminos revolucionarios. La economía latinoamericana tomada en conjunto está ya bastante monetarizada hacia 1870, cuando los primeros bancos comienzan a aparecer; sin embargo, en más de un país estas instituciones, naturalmente extranjeras, se hacen presentes antes de que exista un signo monetario unificado a nivel nacional. Es evidente que algo nuevo se anuncia en nuestro horizonte histórico, forzando y a la vez distorsionando los ritmos locales de desarrollo.

Las formas de imbricación de la América Latina precapitalista con la Europa y los Estados Unidos protoimperialistas difieren desde luego, cualitativamente, de las que se establecerán en la fase siguiente. Mas esto no significa una desconexión o discontinuidad absoluta entre etapas: la que concluye hacia 1870 no sólo constituye el piso estructural sobre el que se levantará la próxima, sino que además lega toda una serie de vínculos concretos de dependencia que facilitarán el tránsito en el momento oportuno. Recuérdese, aunque sólo fuese a título de circunstancial ejemplo, que en una situación como la de Perú bastó con que el acreedor británico apretara la soga al cuello de su deudor local, para que de la etapa del control denominado indirecto (por medio del comercio y el crédito principalmente) se pasara a la del control directo, ya con apropiación de los principales sectores productivos. Nos referimos al conocido contrato Grace, por el cual el estado peruano, a cambio de la extinción de su deuda externa, entregó a los antiguos tenedores de bonos, convertidos en accionistas de la Peruvian Corporation, ferrocarriles, guano, tierras y gran parte de las rentas aduanales.³⁵

³⁵ Cf. Heraclio Bonilla, *Guano y burguesía en el Perú*, Insti-

No por azar este ~~oninco~~ contrato se firmó en 1889, cuando el capitalismo metropolitano había entrado ya en su fase imperialista y nuestras naciones dejaban de ser países simplemente precapitalistas para convertirse en reales sociedades subdesarrolladas, con toda la problemática específica que ello implica.

2. LA PROBLEMÁTICA CONFORMACIÓN DEL ESTADO NACIONAL

Desde la perspectiva ideológica del colonizador todo pueblo colonizado carece de historia; por definición no la posee, ya que tal categoría es un atributo de la "civilización" y no de la "barbarie". Los procesos de emancipación son interpretados a su turno como un triunfo de ésta sobre aquélla: derrotados los portadores de la "civilización", las antiguas colonias no hacen más que recobrar el estado "natural" que les es propio. Se mueven, ciertamente, pero con movimientos caprichosos e inconexos, irreductibles a las categorías conceptuales con que normalmente se captan las leyes del devenir histórico. El arbitrio y el azar que ahora imperan a lo sumo pueden ser representados metafóricamente (son países "surrealistas") o saboreados por paladares exquisitos, ávidos de exotismo.

El propio intelectual criollo se adhiere a menudo a esta perspectiva. Convencido de pertenecer a sociedades sin historia, termina por elaborar un *ersatz* de la misma, configurando la imagen de un mundo gelatinoso cuyas dilataciones o contracciones no obedecen a otra lógica que la de los movimientos veleidosos de caudillos bárbaros y soldados de pacotilla, caciques atrabiliarios y déspotas de pretensión iluminista.

Buena parte de la historia política de América Latina, al menos en lo que concierne al siglo XIX, aparece percibida de esta manera, no sólo en el clisé vulgar o el regodeo literario sino incluso en el ensayo histórico, sociológico o político. Desde el momento en que el período denominado de "anarquía" queda huérfano de

una explicación que vaya más allá de la simple descripción de fenómenos como el "caciquismo", el "caudillismo", el "militarismo", los "localismos" y "regionalismos", convertidos en datos últimos e irreductibles, es un hecho que se dejan las puertas abiertas a interpretaciones incluso racistas. No en vano J. Lambert se siente obligado a precisar que "el caudillismo es el resultado de la ausencia de madurez política de las sociedades latinoamericanas del siglo XIX, antes que la consecuencia de una *incapacidad congénita de sus poblaciones*".¹

Por esto se vuelve indispensable formular algunas reflexiones sobre la problemática constitución de los estados latinoamericanos en el siglo pasado, aun a riesgo de insistir en algo que debería darse por sentado al menos desde el punto de vista de una concepción materialista de la historia. En efecto, conviene recordar que la edificación de un estado nacional no se realiza jamás en el vacío, ni a partir de un maná que se llamaría "madurez política", sino sobre la base de una estructura económico-social históricamente dada y dentro de un contexto internacional concreto, factores que no sólo determinan las modalidades históricas de cada entidad estatal mas también la mayor o menor tortuosidad del camino que conduce a su constitución. No es lo mismo construir un estado sobre el cimiento relativamente firme del modo de producción capitalista implantado en toda la extensión de un cuerpo social, que edificarlo sobre la anfractuosa topografía de estructuras precapitalistas que por su misma índole son incapaces de proporcionar el fundamento objetivo de cualquier unidad nacional, esto es, un mercado interior de amplia envergadura. Como atinadamente observa Lukács:

¹ Jacques Lambert, *Amérique Latine. Structures sociales et institutions politiques*, Presses Universitaires de France, 1968, p. 214, subrayado nuestro. [Hay trad. esp.]

La diferencia más importante para nosotros, y muy llamativa en sí, consiste en que toda sociedad precapitalista presenta económicamente una unidad mucho menos *coherente* que la capitalista: en que en ella la independencia de las partes es mucho mayor, su interdependencia económica menor y más unilateral que en el capitalismo. Cuanto menor es la importancia del tráfico de mercancías para la vida de la sociedad entera, cuanto más casi autárquicas son las diversas partes de la sociedad en lo económico... o cuanto menos importante es su función en la vida propiamente económica de la sociedad, en el proceso de producción... tanto menor es la forma unitaria, la coherencia organizativa de la sociedad, del estado, y tanto menos realmente fundada en la vida real de la sociedad.²

En el capítulo precedente mostramos ya los límites de la economía de mercado en la primera fase de nuestra vida independiente, así como el carácter de las formas productivas determinantes de este hecho. No es de extrañar entonces que la marcada autonomía de los distintos segmentos económicos, modalidad inevitable de existencia de esa abigarrada matriz precapitalista, se haya traducido por la poca "coherencia orgánica" de la sociedad en conjunto y de su sobreestructura política en particular. En el límite aquella autonomía se expresaba por una acentuación tan grande de "regionalismos" y "localismos", que hasta tornaba difícil la fijación de una capital nacional, en un contexto como el de Bolivia por ejemplo, donde incluso el reducido comercio exterior desempeñaba un papel desintegrador. En efecto:

Hasta entonces predominaba una economía rural dispersa, coronada por núcleos locales de terratenientes influyentes. El estado, débil y sin cohesión, recogió hasta donde fue posible, la herencia colonial asimi-

² Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*, México, Grijalbo, 1969, p. 60.

lando la tradición administrativa y política de la Audiencia de Charcas. El pequeño comercio exterior de tipo regional, ejercía influencia negativa: el sur del país dependía tanto de la Argentina como el norte buscaba asimilarse comercialmente al Perú. Ninguna actividad tendía a la integración y al reforzamiento del aparato estatal. En este quietismo feudal, sólo interrumpido por los que jugaban a la política con motines militares, la sociedad local apoyaba su seguridad económica sobre una masa explotada de campesinos quechuas y aymaras... Ni la sede de los poderes públicos pudo definirse porque si Bolívar mencionó Cochabamba como posible capital, Santa Cruz estableció su gobierno donde sus desplazamientos se lo permitían, lo mismo que Belzu para quien "el punto donde se encuentra el gobierno durante su marcha" será la capital. Melgarejo quiso llevarse la capital a Tarata, y Baptista, más consecuente con los nuevos tiempos, creyó que La Paz era la mejor elección.³

Aun en Brasil, que por razones históricas particulares (independencia por una vía pacífica que hasta le permitió conservar el aparato político-administrativo preexistente) logró escapar a un eventual proceso de "balcanización", las fuerzas centrífugas precapitalistas no dejaron de hacerse presentes por lo menos durante toda la primera mitad del siglo XIX. Y es que aquí también:

La dispersión de las zonas productoras, la ausencia de circulación interna, el declinamiento del mercado colonial que siguió al declinamiento de la minería, la variedad de las actividades, la extensión geográfica, son factores negativos que la crisis posterior a la autonomía vino a agravar. En extensas áreas el modo esclavista continúa intacto; en otras se implantará el

³ Sergio Almaraz Paz, *El poder y la caída. El estaño en la historia de Bolivia*, La Paz-Cochabamba, Ed. Amigos del Libro, 1969, pp. 66-67.

modo feudal o semifeudal que las aislaba o debilitaba.⁴

En tales condiciones la misma lucha de clases adquiriría necesariamente una fisonomía "regional" o "provincial", de acuerdo con la "moldura física" en que se asentaba cada forma productiva, con la infinita gama de peculiaridades propia de todo modo de producción pre-capitalista. Por eso:

Parece ocurrir una lucha entre el poder central y las provincias. Ocurre en verdad una lucha dentro de la clase dominante, motivada por sus antagonismos y contradicciones, entre la que despunta a veces una lucha de clases de claridad tan singular como la de Cabanagem. Cuando tales luchas se producen, están ligadas al marco provincial: si suceden en la zona azucarera, parece tratarse de la provincia de Pernambuco; si ocurre en la zona pastoril, parece que se tratara de la provincia de Río Grande del Sur; si sucede en un área de recolección, parece tratarse de la provincia de Pará. Las provincias son, sin embargo, meras abstracciones, que dan la idea de lo general, de su moldura física. Lo esencial no está en las provincias, sino en las clases, como consecuencia del modo local de producción.⁵

En el caso de Argentina, país convulsionado por medio siglo de guerras civiles, parece igualmente claro que la oposición entre el "interior" y el "litoral" no hace más que remitir a molduras espaciales en que se asientan o van configurándose modos de producción distintos, cuyo conflictivo desarrollo se expresa, aunque con innumerables sinuosidades y recovecos, en la encarnizada lucha política de "unitarios" y "federales". Los intereses del "litoral" corresponden a un inequívoco despuntar del

⁴ Werneck Sodré, *op. cit.*, p. 192.

⁵ Werneck Sodré, *op. cit.*, p. 197.

modo de producción capitalista, que estrechamente dependiente del comercio internacional comienza a arraigar temprano en esta área, "vacía" de estructuras esclavistas o feudales. Aquí:

Hacia mediados del siglo XIX ya no quedaban prácticamente núcleos importantes de población que no produjesen para vender o que no tuviesen parte significativa de su consumo compuesto por productos adquiridos del exterior o del resto de la economía nacional. La relación existente entre el empresario y el trabajador era netamente capitalista y la fuerza de trabajo recibía un precio en salario que, aunque fuera en parte en especie como seguramente lo era en la producción pecuaria, no ocultaba el carácter básico de la relación existente.⁶

En el interior en cambio:

La producción de cada región se siguió utilizando fundamentalmente dentro de cada mercado interno y una parte sustancial de la población activa continuó ocupada en actividades de subsistencia, fuera de la economía de mercado. En el noroeste, donde las exportaciones declinaron en el curso de la etapa, seguramente se produjo un retroceso desde los niveles alcanzados a mediados del siglo XVIII y un aumento de la proporción de la fuerza de trabajo ocupada en las actividades de subsistencia.⁷

Es cierto que este estancamiento del "interior" está condicionado en buena medida por la hegemonía que el "litoral" ejerce valiéndose de la fórmula federalista; mas tal constatación no hace más que destacar el momento dialéctico en que lo político repercute sobre el desarrollo económico, sin dejar de estar determinado en última instancia por él.

⁶ Aldo Ferrer, *La economía argentina. Las etapas de su desarrollo y sus problemas actuales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, p. 72.

⁷ Ferrer, *op. cit.*, p. 83.

La dificultad de encontrar el sustrato económico-social necesario para la instauración de un estado nacional determina incluso el surgimiento de las más aberrantes tendencias anexionistas, en aquellas situaciones en que ni siquiera existe una constelación esclavista o feudal suficientemente sólida como para imponer su hegemonía al conjunto del cuerpo social. Es el caso de la República Dominicana, por ejemplo, donde el caudillo Buenaventura Báez, cinco veces presidente del país, parece no incubar otro sueño que el de entregar su patria a la metrópoli que fuese. En palabras de Juan Bosch:

Báez pertenecía al sector de la pequeña burguesía dominicana que no tenía sentimientos patrióticos. Así se explica que desde antes del 27 de febrero de 1844 se pusiera a gestionar el protectorado francés; que fuera el primero de los políticos nacionales que propuso la anexión a España —antes que Santana—, y que al final, en su gobierno de los seis años y en 1877, gestionara y negociara la anexión del país a los Estados Unidos. En el fondo de esas actividades anexionistas del caudillo rojo había una idea predominante: Santo Domingo no podía llegar a ser una sociedad burguesa por sí misma, pero podía serlo como parte de un país europeo o de los Estados Unidos.⁸

Secularmente hundida en “la ciénaga del precapitalismo” —la expresión es del mismo Bosch— la República Dominicana fue efectivamente anexada a España entre 1861 y 1865.

Podríamos seguir abundando en ejemplos que demuestran fehacientemente que el problema de la construcción de los estados nacionales latinoamericanos no puede ser

⁸ *Composición social dominicana. Historia e interpretación*, 7a. ed., Santo Domingo, Rep. Dominicana, Ed. Amigo del Hogar, 1976, pp. 232-233.

tratado de otro modo que a partir de la matriz económico-social que genera las condiciones concretas de conformación de la superestructura jurídico-política y por supuesto determina la constelación específica de fuerzas que intervienen en su complejo proceso de constitución. Para cerrar esta parte de nuestra reflexión nos limitaremos sin embargo a evocar el "contraejemplo" de Chile, país que es el primero en conformar un estado relativamente sólido y estable, mas no por mero azar ni por razones de "idiosincrasia", sino porque en la "sociedad civil" que lo sustenta no existe la esclavitud⁹ y el feudalismo no va más allá de su débil expresión en el "inquilinato", mientras el capitalismo gana terreno con bastante celeridad incluso en el agro. En opinión de Sunkel y Paz:

La estructura social en que se apoya la nueva nación se basa fundamentalmente sobre la actividad de los exportadores agrícolas del centro, los exportadores mineros del norte y los comerciantes, particularmente los ingleses de Valparaíso, así como la burocracia y el aparato estatal controlado por los sectores conservadores.¹⁰

Zemelman, por su parte, afirma que en Chile:

... los propietarios agrícolas nunca han revestido el carácter de una oligarquía agrícola, en sentido estricto, pues mantienen estrechas vinculaciones con las actividades comerciales, que van acentuándose a medida que avanza el siglo XIX.¹¹

⁹ El problema de la esclavitud en Chile quedó definitivamente liquidado en 1823, cuando fueron manumitidos los 4 000 esclavos que había en el país. Cf. Mellafe, *op. cit.*, p. 154.

¹⁰ Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, México, Siglo XXI, 1970, p. 305.

¹¹ "El movimiento popular chileno y el sistema de alianzas en la década de 1930", en Enzo Faletto, Eduardo Ruiz y Hugo Zemelman, *Génesis histórica del proceso chileno*, Santiago de Chile, Quimantú, 1971, p. 37.

En fin, según Ignacio Sotelo:

La falta de metales preciosos y la escasez de mano de obra —el indio es rebelde y belicoso— canaliza los esfuerzos hacia la agricultura, que logra considerable expansión, al contar con un mercado seguro: la región minera del Perú y el ejército fronterizo que subvenciona la Corona. La originalidad de Chile radica en haber constituido desde fecha temprana una economía agraria, lo que la diferencia de la colonización minera del altiplano, con un mercado interno no dependiente de Europa, lo que la diferencia de la colonización de plantación. Chile desarrolla desde fecha muy temprana una clase terrateniente nacional, que constituye la columna vertebral de su estabilidad política en el siglo XIX.¹²

Fórmulas no siempre precisas, pero que en su trasfondo común señalan la peculiaridad de una economía que, ante la imposibilidad de asentarse en el trabajo esclavo o en la abundancia de mano de obra indígena servil, adquiere desde la época colonial una dinámica susceptible de incubar los gérmenes de un desarrollo relativamente precoz del capitalismo. No porque el autor lleve demasiado el agua a su molino dejan de tener validez los abundantes datos de Vitale sobre el temprano apareamiento de este modo de producción en Chile,¹³ hecho que constituye la base objetiva de la igualmente temprana constitución de un estado nacional, al que la subsistencia de elementos precapitalistas, débil como ya se vio, logró imprimir sin embargo un carácter "conservador".

Lo dicho hasta aquí permite abordar un aspecto más

¹² *Sociología de América Latina. Estructuras y problemas*, Madrid, Tecnos, 1972, p. 58.

¹³ Cf. su libro *Interpretación marxista de la historia de Chile*, t. III, *La independencia política, la rebelión de las provincias y los decenios de la burguesía comercial y terrateniente*, Santiago de Chile, Prensa Latinoamericana, 1971.

de la cuestión, que podría resumirse diciendo que la posibilidad de conformación de estados nacionales verdaderamente unificados y relativamente estables en América Latina varió en función directa de la existencia de una burguesía orgánica de envergadura nacional. El desarrollo de tal burguesía estuvo naturalmente determinado por el grado de evolución de la base económica de cada formación social, evolución que en la primera mitad del siglo XIX no puede medirse de otra manera que por su menor o mayor tendencia general de desarrollo *hacia* el capitalismo. Mariátegui supo formular con toda claridad este problema al escribir:

En los primeros tiempos de la Independencia, la lucha entre facciones y jefes militares aparece como una consecuencia de la falta de una burguesía orgánica. En el Perú, la revolución hallaba menos definidos, más retrasados que en otros pueblos hispanoamericanos, los elementos de un orden liberal burgués. Para que este orden funcionase más o menos embrionariamente tenía que constituirse una clase capitalista vigorosa. Mientras esta clase se organizaba, el poder estaba a merced de caudillos militares.¹⁴

Concebido de esta manera el problema uno llega a ubicar mejor la propia cuestión del "militarismo", que a estas alturas de la historia latinoamericana no puede ser interpretado como causa de la inestabilidad política ("ambiciones" de los jefes militares), sino más bien como un reflejo, con grados variables de autonomía, de la dispersión de fuentes de poder derivada de la heterogeneidad estructural de las nascentes formaciones sociales. En tal sentido parece justa esta apreciación de Halperin Donghi para quien:

... la militarización, elemento esencial del orden pos-

¹⁴ *Op. cit.*, p. 22.

revolucionario, refleja la complejidad —rica en tensiones y contradicciones— que caracteriza a éste. Defender a un orden en que las fuentes del poder están dispersas y no han hallado aún el modo de entrelazarse, y mucho menos de institucionalizar sus alianzas . . . no es sin duda tarea fácil; lo es todavía menos cuando el ejército destinado a este fin refleja demasiado bien, en sus propias vacilaciones y contradicciones, las líneas indecisas de este orden que no ha alcanzado su madurez.¹⁵

El enfoque que venimos realizando permite además reformular el problema de la *periodización* de la historia de América Latina, en rigor irresoluble en términos puramente cronológicos. La fase denominada de “anarquía”, que no es otra cosa que el tormentoso camino que nuestras formaciones sociales tienen que recorrer hasta constituir sus estados nacionales, corresponde en términos generales al desarrollo de una estructura que partiendo de una situación de equilibrio inestable de diversas formas productivas llega a una situación de predominio relativamente consolidado del modo de producción capitalista. Pero esto no es todo. Queda por analizar en cada caso concreto la forma de tal predominio, que no necesariamente es sinónimo de una extensión del modo de producción capitalista en la totalidad del cuerpo social o por lo menos en una vasta porción de él. Cuando esta extensión ocurre, el estado se estabiliza, adoptando por regla general la forma “liberal-oligárquica” que en posteriores capítulos analizaremos; si

¹⁵ *Hispanoamérica* . . . , pp. 52-53. Resulta por lo demás interesante la observación de J. Lambert en el sentido de que: “Contrariamente a lo que a menudo se imagina, el caudillo no es necesariamente un militar y hasta es raro que sea un militar de profesión. En cambio, cualquiera que fuese su origen, el caudillo debía ser capaz de conducir sus fieles al combate; por esta razón, más de un gran propietario, un abogado o también un bandolero llegó al poder con el título de general conquistado en las revoluciones.” *Op. cit.*, p. 215.

no, la situación de extrema precariedad se prolonga indefinidamente, expresada en una permanente crisis de hegemonía. En el primer caso podría decirse, forzando un tanto la conceptualización de Marx; que el estado burgués-oligárquico supedita *realmente* al conjunto de una formación dada, mientras el segundo caso pudiera ser pensado en términos de una supeditación todavía *formal* de importantes segmentos del cuerpo social. Esta última sería la situación de Ecuador a lo largo de todo el siglo XIX, o aquella que Almaraz describe para Bolivia en el siguiente texto:

En 1870 no se puede hablar con propiedad de una oligarquía minera en el sentido de una clase social que constituya un núcleo de poder aglutinante como lo son para esta época las oligarquías de Lima, Santiago o la provincia de Buenos Aires, verdaderos motores de la formación del estado nacional. En Bolivia posiblemente lo que faltó a su tiempo fue una oligarquía capaz de construir una estructura nacional subordinada a sus intereses. La cohesión del Estado solamente podía ser lograda en función del dominio directo de un fuerte núcleo de intereses económicos y en esa misma medida se habrían operado los procesos de integración de los que resulta la formación del estado moderno. En el siglo pasado tuvimos mineros ricos, muy ricos, pero no fueron más que eso: hombres enormemente ricos, no la expresión de una oligarquía, no el centro dirigente de un estrato dominante.¹⁶

Se trata desde luego de casos límites, entre los que cabe toda una gama de situaciones intermedias: los mismos ejemplos que cita Almaraz, de las "oligarquías" de Lima, Santiago y Buenos Aires, no son en modo alguno equiparables. Además, no podemos olvidar que la problemática que venimos examinando se entrelaza con la

¹⁶ *Op. cit.*, pp. 89-90.

de la constante intervención extranjera, que en ocasiones deviene decisiva para la configuración de una entidad nacional como la uruguay¹⁷ o aparece indisolublemente ligada a todos los avatares de la conformación de estados como el mexicano, que cual pocos fraguará su fisonomía al calor de las luchas contra el ocupante y sobre la base física de un territorio finalmente cercenado en más de la mitad por las voraces usurpaciones yanquis.

El caso de México sirve por esto de puente para el planteamiento de una nueva cuestión. Hasta ahora hemos tomado ejemplos casi exclusivos de formaciones que a la postre lograron consolidar su unidad nacional sobre la base geográfica inicial, mas no cabe perder de vista los procesos de desintegración que se iniciaron con la división de la Gran Colombia y culminaron con la "balcanización" de América Central. Sobre este segundo caso vamos a formular algunas reflexiones, dada la proyección histórica que reviste en escala continental.

Comencemos por recordar que Guatemala, Belice, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica ingresaron a la vida independiente como una entidad política unificada que se denominó Federación Centroamericana, y cuyas "dificultades hubieran debido ser acaso menores", puesto que "esta tierra no conoció revolución ni resistencia realista."¹⁸ Sin embargo:

La federación no tuvo tiempo para crear una integración económica. Cada Estado vivió por su cuenta y aun dentro de cada uno de ellos —sin caminos,

¹⁷ "...frente al conflicto argentino-brasileño, Inglaterra puso una solución..., creando un estado-tapón, y sus dirigentes no dejaron entonces de tomar en cuenta las ventajas que derivarían para sus intereses en el Río de la Plata, imposible desde entonces de clausurar por voluntad unilateral de una potencia". Halperin, *Historia contemporánea...*, p. 156.

¹⁸ Halperin, *ibid.*, pp. 192-193.

con muy pobre comercio exterior, atraso feudal en la agricultura— tampoco se formó jamás una entidad real ligada por intereses comunes.¹⁹

Carente de una base económica verdaderamente unificadora, la Federación fue naturalmente víctima de toda suerte de manifestaciones “regionalistas” y “caudillistas”, a través de las cuales se expresaba la heterogeneidad de una matriz estructural que comprendía desde el sólido núcleo feudal guatemalteco hasta el islote de producción mercantil simple localizado en Costa Rica, pasando por los embriones de capitalismo que empezaban a incubarse en El Salvador, “rincón que proporciona la mayor parte de las exportaciones ultramarinas de Centromérica”.²⁰

La diversidad de situaciones e intereses que esta abigarrada base objetiva generaba, y sobre la cual actuaron desde los inicios fuerzas exteriores, se expresó, aunque muy *grosso modo*, en la pugna permanente entre liberales y conservadores, que alcanzó su clímax en la cuarta década del siglo XIX. En 1834 el liberal Morazán se vio obligado a trasladar la capital federal de Guatemala a San Salvador, en una suerte de exilio interno que no dejaba de ser premonitorio: estábamos asistiendo ya a los estertores de la Federación, que poco tiempo después se desintegraría a través de una serie de dolorosas paradojas.

En efecto, con el ulterior triunfo de las huestes guatemaltecas de Rafael Carrera, ese “rey de indios” que según Cardoza y Aragón no fue más que “un ave presa incubada y sostenida para su servicio por el clero, los ingleses y la aristocracia de parroquia”,²¹ la Fede-

¹⁹ Luis Cardoza y Aragón, *Guatemala, las líneas de su mano*, 2a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1965, p. 312.

²⁰ Halperin, *Historia contemporánea...*, p. 193.

²¹ Cardoza y Aragón, *op. cit.*, p. 316.

ración quedó definitivamente desintegrada y, lo que es más grave aún, librada a los voraces apetitos del colonialismo inglés. Los británicos no tardaron en instalarse en el supuesto reino de los Mosquitos, ocuparon parte de las costas de Nicaragua, Costa Rica y lo que ahora es Panamá, y el propio Carrera se encargó de entregarles, en 1859, el territorio de Belice ocupado hasta hoy.

Y no eran sólo los ingleses quienes iban a enseñorearse en esta desventurada región. Atomizada y por lo tanto más débil que nunca, América Central sería en adelante fácil presa de todas las ambiciones imperialistas, estadounidenses en particular. El hecho político de la ruptura de la Federación, determinado por una compleja constelación de causas internas sobre las que jamás dejaron de actuar elementos exteriores, devino, a su turno y por sí mismo, una condición propicia para el afianzamiento de un grado tal de dependencia que prácticamente convirtió a toda el área en una semicolonía norteamericana.

Incluso la nación que más distante *parece* estar de esta situación, y que efectivamente se desarrolla mejor que sus vecinos en todos los planos por carecer de un sustrato esclavista o feudal de envergadura, es decir Costa Rica,²² no deja de sufrir las consecuencias de una atomización regional que a la postre la reducirá también a la condición de sociedad "cafetalera-bananera" algo más avanzada que las demás.

El cuadro doloroso de Centroamérica se completa con la independencia formal de Panamá (1903), a través de un proceso que en parte al menos corresponde a una dinámica interna, que no es más que la determinada por la autonomización que el capital comercial ha al-

²² Cf. por ejemplo Ciro Flamarion Santana Cardoso, "La formación de la hacienda cafetalera costarricense en el siglo XIX", en la publicación de CLACSO, ya citada, p. 658.

canzado en esta área geográfica, hasta entonces integrada políticamente a Colombia. Según Ricaurte Soler:

El proyecto (independentista, AC) es indesligable de los intereses de la burguesía comercial que espera, en su propio provecho, ver el Istmo convertido en emporio universal. Éste es también el proyecto de la pequeña burguesía —en especial las capas medias, los profesionales liberales, la burocracia— que prevén mejores posibilidades en la autonomía o independencia política. En el caso particular de Panamá el proceso de identificación y afirmación nacionales no encontró, como en otros países hispanoamericanos, los obstáculos de un poder social antinacional (trabajo esclavo y/o servil, mayorazgos, propiedad amortizada, fuero eclesiástico, fuero familiar, etc.). Pero, desde muy temprano, se reveló que si la posición geográfica legitimaba un proyecto de comunidad política, esa misma posición geográfica desencadenaba fuerzas absorbentes que podrían desnaturalizarlo.²³

Tal vez habría que decir que esta desnaturalización estaba inscrita en el curso mismo del proceso, y no sólo en razón de la voracidad de las potencias capitalistas que habían puesto sus ojos en el Istmo desde por lo menos 1846, mas también por la índole de la fuerza social interna que impulsó y dirigió el movimiento independentista. En efecto ¿en qué consistía el proyecto fundamental *de clase* de esta burguesía comercial, sino en vender la principal mercancía que danzaba ante sus ojos y que no era otra que esa arteria de la patria que pronto adquiriría la forma de un canal? No por casualidad la Constitución de 1904 consagró el estatuto semicolonial de la flamante república al sancionar el “derecho” de intervención del gobierno norteamericano cuando lo estimare conveniente para “restablecer la paz pública

²³ Ricaurte Soler, *Panamá: nación y oligarquía. 1925-1975*, Panamá, Ediciones de la Revista Tareas, pp. 21-22.

y el orden constitucional, si hubieren sido turbados”.

Además de los otros mecanismos de succión de excedente económico, el imperialismo aseguraba en esta forma una perpetua renta colonial y estratégicamente remachaba el cinturón de seguridad centroamericano-antillés que pasaba por Cuba y Puerto Rico. Pero esto corresponde ya a una nueva fase de nuestra historia, que analizaremos más adelante. Aquí sólo nos interesaba destacar algunas líneas fundamentales de un proceso que, al menos cuando uno lo ve con ojos latinoamericanos, poco tiene de “mágico” o “surreal”.

3. LAS LUCHAS SOCIALES Y SUS PERSPECTIVAS DEMOCRÁTICAS

Las masas hacen la historia, pero no son ellas las que la escriben. Hasta el momento en que el proletariado logra constituir su partido, y por tanto organizar su propia "memoria", ésta constituye el patrimonio exclusivo de las clases dominadoras, que aún después de rota esta exclusividad siguen imponiéndonos, como línea hegemónica, su representación del devenir histórico. Instalados en el gran hotel del abismo —como solía decir el viejo Lukács— los propios intelectuales progresistas terminamos a menudo por hacer nuestra esta representación, impregnándola, cuando más, de un dejo amargo y catastrófico. Para la ultraizquierda, la verdadera lucha de clases comienza recién con su presencia; lo anterior es una suerte de prehistoria tejida de inercias y de errores, de componendas y manipulaciones; en el mejor de los casos las clases subordinadas aparecen en la escena como sujeto de graciosas "concesiones". Hastiados de la mitología oficial, autoconvencidos de que el propio marxismo no ha hecho más que prolongar los perfiles de la visión liberal, ciertas corrientes revisionistas intentan a su turno forjar una nueva historia exhumando algunas reliquias de la iconografía conservadora. Desde ese momento uno ya no sabe si está asistiendo a un proceso de revolución o de restauración cultural.

Para el período que venimos analizando es un hecho que predomina esa visión que Manfred Kossok ha calificado de fatalista, puesto que "hace caso omiso de las posibilidades alternativas que desde 1830 se hallaban

en embrión en las innumerables acciones revolucionarias”.¹ Y, como ese fatalismo no es sino el rostro del elitismo, el conocimiento de la historia de los movimientos revolucionarios y las alternativas democráticas de la América Latina decimonónica resulta todavía el “hijastro de la historia”.² En tales circunstancias se torna extremadamente difícil la reconstitución de las perspectivas progresistas de este período, que sin embargo no estuvo exento de una aguda lucha de clases en la que se hicieron presentes los anhelos y reivindicaciones populares.

Las de entonces no fueron desde luego bregas en pro del socialismo, ni podían serlo en un contexto precapitalista, consiguientemente carente de un proletariado moderno. Se enmarcaban, pues, en un horizonte cuyos límites objetivos eran los de una revolución democrático-burguesa, perspectiva en la que hay que ubicarlas evaluando la profundidad de cada movimiento en función del predominio del elemento democrático —es decir popular— sobre el elemento propiamente burgués, y sin olvidar que su posterior derrota o desvirtuamiento no los reduce a la condición de simple “astucia” de una vía reaccionaria trazada de antemano.

El mismo proceso independentista fue bastante complejo en sus contenidos de clase. Se inició en Haití con una rebelión popular que no sólo culminó con la emancipación del país sino también con la cancelación del modo de producción esclavista hasta entonces vigente. La sociedad haitiana conoció en todo caso una fase democrática que no dejó de tener repercusiones en escala continental. Tras el conocido temor de los criollos “moderados” a la “pardocracia” estuvo durante mucho tiempo presente la imagen de un Toussaint Louverture

¹ “El contenido burgués de las revoluciones de independencia en América Latina”, revista *Historia y Sociedad*, México, segunda época, núm. 4, invierno de 1974, p. 77.

² Expresión utilizada por Kossok en *ibid.*

y del propio Dessalines; las aguas sólo volvieron a su curso "normal" desde el momento en que ese pequeño país, acosado por el cerco extranjero y las nuevas contradicciones intestinas, se enrumbó por otra vía.

Y en cierto sentido al menos, Haití no fue un caso de excepción. Aunque en los demás países la emancipación se realizó bajo una correlación de fuerzas finalmente adversa a los sectores populares, éstos no dejaron de hacer sentir su peso específico en varias fases del proceso independentista. En México, por ejemplo:

... la guerrilla revolucionaria social, dirigida por Hidalgo y Morelos, se volvió punto de partida y portadora de una concepción del estado revolucionario, es decir, hizo saltar en pedazos tanto el contenido como el aparato institucional del marco de emancipación trazado por el ala republicana y liberal del partido criollo de la revolución.³

Incluso llegaron a perfilarse, aunque sin éxito, los primeros atisbos de una justicia agraria:

En 1810, Hidalgo inicia el movimiento de rebelión y ordena a los jueces que devuelvan a los indígenas las tierras que se les habían quitado. Esas tierras, según su proyecto, que no fue aplicado, no podrían ser rentadas por los beneficiarios de esta restitución. En 1815, José María Morelos y Severo Maldonado propusieron sin resultados medidas del mismo tipo.⁴

En este mismo año, en la Banda Oriental del Río de la Plata, Artigas logró incoar un proceso de reforma del agro que Eduardo Galeano evalúa en los siguientes términos:

³ Kossok, *op. cit.*, p. 77.

⁴ Michel Gutelman, *Capitalismo y reforma agraria en México*, México, Ed. FRA, 1974, p. 57.

El código agrario de 1815 —tierra libre, hombres libres— fue “la más avanzada y gloriosa constitución” de cuantas llegarían a conocer los uruguayos... Se decretaba la expropiación y el reparto de las tierras de los “malos europeos y peores americanos” emigrados a raíz de la revolución y no indultados por ella. Se decomisaba la tierra de los enemigos sin indemnización alguna, y a los enemigos pertenecía, dato importante, la inmensa mayoría de los latifundios... Las tierras se repartían de acuerdo con el principio de que “los más infelices serán los más privilegiados”. Los indios tenían, en la concepción de Artigas, “el principal derecho...”.⁵

Es verdad que a la postre todas estas tendencias progresistas fueron derrotadas y que la sociedad posindependentista se consolidó en la dirección reaccionaria analizada en el capítulo primero de este trabajo. Aun así, no es menos cierto que las masas no dejaron de estar presentes en el escenario de la lucha de clases a lo largo de todo el siglo XIX.

La cronología de rebeliones y levantamientos populares en Brasil dice todo sobre esta cuestión. Entre 1813 y 1832 hubo continuas insurrecciones de la plebe urbana; de 1822 a 1835 se registró una agitación casi permanente en el sertón de Pernambuco y Alagoas; entre 1833 y 1836 tuvo lugar la rebelión de los “cabanos” en Pará; 1835 estuvo marcado por la guerra de los “farrapos” en Río Grande del Sur y sobre todo por los levantamientos de esclavos en Bahía; en este año se implantó la pena de muerte para los esclavos insurrectos o que cometieran cualquier “grave ofensa física”. En 1836 hubo levantamientos en Laranjeiras, Caiete, Nazaré y Santo Amaro; entre 1838 y 1841 produjéronse continuas revueltas en Marañón y Piauí (revuelta de los “balaíos”); mientras a partir de 1842

⁵ Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, 16a. ed., México, Siglo XXI, 1977, pp. 180-181.

fue creciendo la agitación "playera" en Pernambuco, con todas las características de un movimiento democrático dirigido contra los "señores de ingenio" y los grandes comerciantes. Los años de 1848 y 1849 fueron el momento culminante de este proceso, con levantamientos como los de Olinda e Igaraçu y la marcha de los "playeros" sobre la capital del estado.⁶

La dialéctica de estos movimientos es sin duda harto compleja, puesto que en ellos el contenido popular nunca aparece en estado "puro", con perfiles de clara autonomía; por el contrario, siempre está inmerso en el marco de esas oposiciones "regionales" y "locales" cuya índole tratamos de esclarecer en los capítulos precedentes. Lo cual quiere decir que la contradicción social principal se expresó y disolvió, a la vez, en la enmarañada red de contradicciones secundarias. Caio Prado ha tratado de reconstituir la lógica de este intrincado proceso:

Toda esta agitación, todos estos movimientos, aunque inconexos, que ora aquí, ora allá, conmueven al país, tienen entre sí sin embargo un trazo común de evolución. La presión revolucionaria comienza en las capas de abajo, inmediatas de la clase dominante. De ahí se generaliza por toda la masa, descendiendo sucesivamente de una a otra capa inferior. Esto provoca una contramarcha de las propias clases iniciadoras del movimiento, las cuales, de revolucionarias, bajo la presión que las arrastra por donde no quieren ir, pasan a reaccionarias, o por lo menos abandonan el movimiento. Dejan así a su suerte a los últimos que entraron en la lucha, quienes de esta manera debilitados, son aplastados por la reacción del poder central.⁷

Prado apunta además algunos de los límites objetivos

⁶ Los datos han sido tomados de Caio Prado Junior, *Evolución política del Brasil*, Buenos Aires-Montevideo, Palestra, 1964.

⁷ *Op. cit.*, p. 76.

de la base popular de estos movimientos, límites que impedían su articulación en una escala realmente nacional:

Privados de todos los derechos, aislados en los grandes dominios rurales, donde vivían sometidos a una disciplina cuyo rigor no conocía límites y cercados en un medio que les era extraño, faltaban a los esclavos brasileños todos los elementos para constituirse, a pesar de su considerable cantidad, en factores de peso en el equilibrio político nacional.

En cuanto a la población libre de las capas medias e inferiores, no actuaban sobre ellos factores capaces de darles cohesión social y posibilidades de una eficiente acción política. Había en ella la mayor disparidad de intereses, y más que clases nítidamente constituidas, formaban más bien simples conglomerados de individuos.⁸

Reflexiones con las que el autor registra algunos de los efectos de segmentación y aislamiento propios de toda matriz económica precapitalista.

Una matriz de este tipo produce además complejos sistemas de diferenciaciones étnico-culturales capaces de conferir a la estructura clasista una dimensión de "castas", hecho que a su turno repercute sobre la lucha de clases mediante la frecuente "deformación o desplazamiento de los frentes de combates reales".⁹ En el área andina, por ejemplo, éste es uno de los factores determinantes de que las rebeliones indígenas, constantes por lo demás, rara vez superen el nivel de la clásica *jacquerie*.

Allí donde estos límites estructurales tienen un peso menor, el campesinado logra hacerse sin embargo presente, "estampando su signo social" a movimientos que por su envergadura superan el marco meramente local

⁸ *Op. cit.*, pp. 77-78.

⁹ Expresión utilizada por Kossok, *op. cit.*, p. 67.

o regional. Tal parece ser lo ocurrido durante la "guerra federal" o "guerra larga" en Venezuela, entre 1859 y 1863:

El movimiento federalista, alzado en armas contra el gobierno de la oligarquía, fue una explosión popular que estampó un signo social a la guerra con la incorporación de masas campesinas que reivindicaban el reparto de tierras y la eliminación del derecho de propiedad sobre grandes fundos rurales. Pronunciamiento que fue guerra de clase contra clase, que avanzó contra la oligarquía terrateniente, contra la aristocracia esclavista, contra la tiranía de los godos.¹⁰

Sabemos, además, que las agitaciones urbanas, sobre todo las protagonizadas por los artesanos, constituyeron uno de los ingredientes más dinámicos de la vida política de mediados del siglo pasado. Halperin señala que los artesanos irrumpen en la escena continental en la década de los cuarenta y comenta que:

...las agitaciones urbanas que, hacia mediados de siglo, constituyen uno de los signos del fin del período aquí examinado, y se extienden —aunque en cada caso con signo distinto— desde Caracas y Bogotá hasta Santiago de Chile y Buenos Aires, si bien hacen sentir aun más vivamente la presencia en el campo político de grupos plebeyos ajenos a esa élite, no son suficientes para quebrar el cerrado predominio de ésta...¹¹

Es verdad que en ninguna parte el movimiento artesanal logra quebrar definitivamente el sistema contra el cual surge, mas no por esto hay que menospreciarlo. Derrotado a la postre como los demás, el movimiento colombiano por ejemplo deja una impronta indeleble en la historia de su país.

¹⁰ Malavé Mata, *op. cit.*, p. 169.

¹¹ *Hispanoamérica...*, p. 199.

Desde 1847 los artesanos bogotanos arruinados por la importación de manufacturas extranjeras comienzan a intervenir activamente en la vida política, dirigidos por las Sociedades Democráticas en las que participan también los estudiantes de la Universidad de Nueva Granada; dos años más tarde su peso es suficiente para inclinar la balanza en favor del candidato liberal José Hilario López, con cuyo triunfo "el sistema colonial llega a su término", según el decir de Diego Montaña Cuéllar.¹² En efecto, bajo la presidencia de este López se suprimen los censos, diezmos y mayorazgos, la esclavitud es abolida, se cancelan algunos estancos y los impuestos de consumo "coloniales" son sustituidos por un sistema de contribución directa. Mas esto, con todo lo progresista que pueda ser, no resuelve la deprimida situación de los artesanos, quienes en 1853 deciden presentar al Congreso una solicitud de alza de las tarifas aduanales, única forma de proteger a las manufacturas nacionales. Ante la respuesta negativa de un parlamento controlado por los grandes comerciantes y terratenientes, la lucha callejera arrecia y las fuerzas populares crecen apoyadas por los sectores progresistas del ejército que encabeza el general José María Melo. Finalmente, al grito de "¡Pan, trabajo o muerte; viva el ejército y los artesanos, abajo los monopolistas!", los soldados de Melo unidos a las milicias artesanales toman el poder el 17 de abril de 1854. Es el apogeo de un movimiento popular que no tarda en elevar las tarifas aduanales e imponer empréstitos a la clase alta bogotana para sanear la situación fiscal. Contra tales medidas se levantan de inmediato liberales y conservadores, con la abierta ayuda de las misiones norteamericana, inglesa y francesa; es la sagrada "entente" del

¹² Diego Montaña Cuéllar, *Colombia: país formal y país real*, Buenos Aires, Ed. Platina, 1963, p. 75.

comerciante con el agiotista, del terrateniente señorial y el capitalismo extranjero, a partir de la cual la contrarrevolución se pone en marcha. La "república artesanal", por su parte, no logra —tal vez ni lo intenta— sellar una alianza con la única clase que hubiera podido consolidarla, es decir, con el campesinado. Socialmente aislada, arrinconada incluso físicamente en Bogotá, tiene sus días contados a medida que el enemigo avanza. El 4 de diciembre esta experiencia progresista termina ahogada en sangre y su jefe, José María Melo, emprende el camino del exilio. Símbolo del carácter continental de la lucha, el general colombiano morirá seis años más tarde en otro frente latinoamericano, combatiendo como simple soldado raso en las tropas de Benito Juárez.¹³

Y es que, entre tanto, las aguas de la historia mexicana tampoco han permanecido estancadas. Con el triunfo de las huestes populares de Juan Álvarez, veterano general que combatiera junto a Morelos en las guerras de independencia, México acababa de entrar en el turbulento período de la Reforma, que en sus líneas más generales aparece como una fase "jacobina"¹⁴ durante la cual la naciente burguesía local arregló cuentas con sus enemigos feudales, apoyándose en una prolongada lucha de masas. En opinión de Alonso Aguilar:

La Reforma fue sin duda un movimiento revolucionario, como lo fueron los que en Inglaterra, Francia, Estados Unidos y otros países cumplieron la misión histórica de imponer el capitalismo. El gobierno liberal fue autor de medidas que, incuestionablemente, ayudaron a acelerar la transformación social; pero

¹³ Cf. la obra de Montaña Cuéllar, ya cit., así como la de Gustavo Vargas Martínez, *Colombia 1854: Melo, los artesanos y el socialismo*, Bogotá, Ed. La Oveja Negra, 1972.

¹⁴ Así la conceptúa, por ejemplo, Adolfo Gilly en *La revolución interrumpida*, 2a. ed., México, El Caballito, 1972, pp. 8-9.

El propósito de los liberales era crear una masa de pequeños propietarios emprendedores que sirvieran de base a la formación del mercado nacional y al desarrollo del capitalismo. Los resultados, sin embargo, fueron otros: las tierras de la Iglesia nacionalizadas por el gobierno de Juárez fueron malbaratadas en momentos de urgencia y acaparadas por unos pocos especuladores; en las antiguas comunidades indígenas, los comuneros aún no acababan de recibir las tierras en propiedad individual, cuando ya aquellos mismos especuladores las estaban adquiriendo a bajísimo costo, frustrando los propósitos originales de la Reforma, que eran los de movilizar la riqueza y formar una amplia clase de pequeños propietarios. Este proceso dio origen a un nuevo tipo de latifundistas que constituyó el primero y el más importante de los sectores sociales en que se apoyó el porfirismo.¹⁹

¿Simple pródromo del porfiriato o también ensayo frustrado de la revolución que estallará en 1910? En su contradictoria unidad dialéctica la Reforma contiene sin duda los gérmenes de estas dos etapas posteriores, con las que aparecerá más o menos ligada según los aspectos en que el historiador haga énfasis. Aquí, más que en ningún otro momento, cabe recordar que la historia no es un movimiento *teleológico*, con un camino trazado de antemano, sino un escenario en el que se enfrentan las clases, bajo condiciones objetivas ciertamente dadas, pero no sólo como intérpretes sino también como autores de un complejo drama.

El fracaso de la alternativa democrático-burguesa durante el período de la Reforma consolida, de todas maneras, el encaminamiento de América Latina entera por la vía reaccionaria —“oligárquica”— de desarrollo del capitalismo, que perfectamente ensamblada con la fase imperialista en que había entrado el sistema mun-

¹⁹ *La ideología de la revolución mexicana. Formación del nuevo régimen*, México, Ed. ERA, 1973, p. 41.

dial definirá un nuevo período de nuestra historia. Pero aun así el siglo XIX no se cierra sin más alternativas. En Chile, por ejemplo, llega a esbozarse un proyecto de desarrollo nacional autónomo, que Balmaceda intenta poner en práctica a través de medidas como las que resume el historiador Ramírez Necochea:

...en 1888 Balmaceda proclamó la necesidad de industrializar a Chile con recursos que deberían obtenerse de la explotación por chilenos de las riquezas que encerraba Tarapacá... En el curso del año 1889 enunció una política salitrera adversa a los ingleses, planteando la necesidad de producir la nacionalización de la industria mediante el estímulo a la inversión de capitales chilenos en ella... tomó medidas para romper el monopolio ferroviario ejercido por The Nitrate Railways Company en Tarapacá; dio los primeros pasos para expropiar los ferrocarriles mineros del Norte Chico, que se hallaban en manos de sociedades inglesas.²⁰

La alternativa nacionalista de Balmaceda fue derrotada en 1891 mediante una sangrienta guerra civil que terminó con el triunfo de las fuerzas oligárquicas y proimperialistas; mas esto no significó la cancelación de las luchas progresistas en el continente. En Cuba, donde la prolongación de la situación colonial había determinado una acumulación particular de contradicciones, venía desarrollándose desde 1868 un proceso revolucionario que sería de los más avanzados de América Latina en el siglo pasado.

Los perfiles de este proceso son ahora bastante conocidos y uno no tiene dificultad en ver en él una prefiguración de las luchas que culminarán en 1959 con la liberación definitiva de Cuba: el propio proletariado de este país lo ha recuperado como tal en su

²⁰ Hernán Ramírez Necochea, *Historia del imperialismo en Chile*, Santiago de Chile, Ed. Austral, 1960, pp. 134 y 136.

memoria de clase. Desde esta perspectiva es posible descubrir cómo el movimiento independentista adquiere aquí, desde un comienzo, hondas raíces populares:

La primera guerra de independencia en 1868, aunque iniciada y liderada por patriotas cubanos que procedían de familias ricas, poseedoras de la cultura política, relaciones y recursos económicos para una empresa de aquella índole, no comenzó, sin embargo, ni alcanzó su fuerza explosiva y de masas en las provincias donde estaba más arraigada, era más poderosa y contaba con mayores intereses la clase esclavista, es decir, el occidente de Cuba, sino en las provincias y regiones del país donde los campesinos independientes eran más numerosos y el trabajo esclavo tenía un peso económico incomparablemente menor.²¹

En este sector social prendió la llama de un movimiento liberador que no tardó en robustecerse con el concurso del pueblo todo: esclavos, artesanos, profesionales e intelectuales patriotas, que aunados lograron conformar una base suficientemente sólida como para sostener una guerra prolongada de diez años. De esta guerra surgió, como símbolo de una voluntad popular de lucha no quebrantada por la derrota de 1878, la figura del héroe nacional Antonio Maceo;²² y de ella se derivó también, como secuela inevitable, la abolición de la esclavitud en 1886.

Además la participación de la clase obrera fue notable a lo largo del proceso independentista:

²¹ Tomado del informe central del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, material de estudio núm. 1, febrero de 1976.

²² Sobre Maceo cf. *El pensamiento vivo de Maceo*, La Habana, Tercer Festival del Libro Cubano, núm. 27, 1959, prólogo de José Antonio Portuondo.

Esta participación, que comienza en la guerra del 68 —apenas nacido el proletariado cubano—, crece paulatinamente desde entonces, hasta hacerse decisiva en el 95. Durante ese período, se crean, sólo en Tampa y Cayo Hueso, más de 150 clubes revolucionarios, a través de los cuales se canaliza lo esencial de la actividad revolucionaria de la clase obrera.²³

Cuando Martí logra organizar el Partido Revolucionario Cubano el proletariado se vincula íntimamente a éste. Cada trabajador contribuye a la causa liberadora con el 10% de su jornal y llega hasta a ofrecer el salario de un día a la semana, que es denominado el *día de la patria*. Los obreros participan además directamente en las diversas acciones militares: la expedición de julio de 1895, por ejemplo, dirigida por los generales Serafín Sánchez y Carlos Roloff, está compuesta en su gran mayoría por trabajadores tabacaleros. Y el papel histórico de éstos es tan importante en todos los órdenes, que puede considerárselo como el cimiento más sólido del ideario y la acción de José Martí. Como se subraya en este texto:

Se ha escrito mucho acerca del papel que jugaron los tabaqueros en la independencia nacional, pero hay algo que no se ha dicho, y si se ha dicho, no se ha destacado suficientemente. Es el hecho de que José Martí pudo imponer su concepto de la táctica y la estrategia de la revolución a los viejos caudillos, por la base de masas, por el esfuerzo económico y por el contenido ideológico que le proporcionaron los tabaqueros. Sin los tabaqueros, Martí hubiera sido, indudablemente, un gran líder; pero con los tabaqueros,

²³ José Cantón Navarro, "José Martí, la clase obrera y el socialismo", en *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, 1975, p. 121.

con los trabajadores organizados de entonces, respaldándole, Martí fue el líder nacional indiscutible.²⁴

De estos obreros, que empiezan a librar sus primeras batallas en todos los frentes, surgió además una nueva concepción de la cultura, que nada tiene que ver con la de los “modernistas” (con quienes resulta errado identificar *formalmente* a Martí) ni con la de los “científicos” positivistas. Mientras los primeros destilaban sus jeremiadas contra el “materialismo” capitalista sin dejar de mostrar que “sus posaderas estaban ornadas con el viejo blasón feudal” —como diría Marx— y los segundos desempeñaban sin tapujos el papel de intelectuales orgánicos de la oligarquía, en Cuba se desarrollaba la concepción cultural más democrática del continente. Y no sin razón:

De la experiencia cultural de la clase obrera Martí extrajo conclusiones que enriquecieron su visión de una cultura democrática, adecuada a la naturaleza de la nueva república; de modo que lo que comenzó siendo la vaga aspiración del proletariado colonial, acabó convirtiéndose en un proyecto revolucionario, patrimonio cultural de la nación.²⁵

Sólo a partir del contenido popular, amplio y multifacético del movimiento revolucionario cubano es posible comprender la naturaleza de la etapa de lucha que se inicia en 1895, durante la cual una pequeña población carente de mayores recursos, sin suministros adecuados ni una base logística comparable a la del ejército colonial español, logra enfrentársele exitosamente y co-

²⁴ Texto de García Galló, transcrito por Cantón Navarro en *op. cit.*, pp. 122-123.

²⁵ Ambrosio Fornet: “La lectura: proletariado y cultura nacional”, revista *Casa de las Américas*, año XVI, núm. 93, noviembre-diciembre de 1975, p. 32.

El autor analiza el proceso histórico-social que condujo al desarrollo del capitalismo en América Latina, como prolongación y parte inseparable de la acumulación originaria en escala mundial. Entrelazando en una visión dialéctica y totalizadora los elementos que llevaron a la formación de un capitalismo dependiente de los países centrales, con las luchas sociales con que los pueblos latinoamericanos han combatido persistentemente la dominación imperialista, Cueva nos presenta bajo una nueva faz la historia de América Latina, desde la "antesala del subdesarrollo" en la época colonial hasta los problemas y tendencias actuales, incluyendo un detenido análisis de la crisis que parece caracterizar a la fase final de este milenio.

Agustín Cueva es profesor e investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Ha publicado, entre otros libros, *El proceso de dominación política en el Ecuador*, *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, *La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales* y *Las democracias restringidas de América Latina*.

XXI siglo
veintiuno
editores

ISBN 968-23-1592-1

